

JAVIER PUEBLA

La *inutilidad* de  
un beso

XVIII PREMIO LUIS BERENGUER

algaida



Un jurado compuesto por Luis Alberto de Cuenca, Lorenzo Silva, Ángela Vallvey, Rafael Duarte Sánchez y Juan Cobos Wilkins concedió a la novela *La inutilidad de un beso*, de Javier Puebla, el XVIII Premio de Novela Luis Berenguer, convocado por la Fundación Municipal de Cultura del Excmo. e Ilmo. Ayuntamiento de San Fernando, con la colaboración especial de Unicaja Fundación.



Primera edición: septiembre 2009

© Javier Puebla, 2009

© Algaida Editores, 2009

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-207-4

Depósito legal: M-30.487-2009

Impresión: Huertas, I. G.

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para Carmen Arcoba  
y José Ignacio Soria;  
in memoriam.

*No se odia el obstáculo, la piedra o el tronco encontrados a mitad del camino. Lo más cuerdo es hacerlos a un lado, suprimirlos con el único fin de continuar avanzando*

GUILLERMO FADANELLI, *Lodo*.

*El cerebro es un sistema mediante el cual los muertos actúan sobre los vivos*

AUGUSTE COMTE

Esto es una obra de ficción, y cualquier parecido  
con la realidad sería una sorprendente  
coincidencia



**L**AS OSORIO VAN DE SEÑORITAS, PERO AHORA se les ha muerto el hermano. Les está bien empleado.

Llevas muchos minutos escuchando a la mujer de rostro adusto y lengua viperina. Escuchando como insulta a tus vecinos, esforzándose en ofender, causar dolor. Es un espectáculo verla, porque le produce placer, auténtico placer hacer daño al prójimo, herirlo de un modo u otro. La voz exaltada desgranando las cuentas de odio de un rosario vesánico y enloquecido.

Pero sus palabras no te afectan. Su discurso es poco ingenioso. Sería una buena actriz para interpretar a la mala de cualquier película, pero carece de texto. Así que ni la oyes. Su retahíla necia y repetitiva te entra por un oído y te sale por el otro. Hasta te permites juegos como contemplar la escena en su conjunto, desde arriba, contigo mismo como uno de los personajes. La vieja víbora lanzando veneno a Tigre Manjatan, el hombre cosmopolita y duro que ha llegado a convertirse por méritos pro-

píos en una referencia nacional en temas como el maltrato a las mujeres, el homicidio, y en general la violencia entre humanos en cualquiera de sus manifestaciones. A Tigre Manjatan no le afecta la letanía que salmodia con ira creciente la bruja plantada ante él. No le quema el desordenado chisporroteo que brota de sus ojos pequeños y opacos. Firme y tranquilo, parapetado tras una sonrisa perfectamente domada. Tigre Manjatan ha escuchado muchas veces ladrar a los perros.

Demasiadas veces. Ladridos de locos e imbéciles, de niños y viejos, de poderosos y enfermos. Has escuchado desbarrar demasiadas veces a todo tipo de animales, Tigre Manjatan. ¿Acabará la vieja o tendrás que darle la vuelta y dejarla con la palabra en la boca. Un giro en tus pensamientos. Repasas las numerosas intervenciones televisivas y radiofónicas en las que has participado durante la última semana. Invitado para opinar sobre la patética historia de la niña supuestamente secuestrada y retenida durante un lustro. Cinco «alegres» años de usos y abusos sexuales. Hasta la mayoría de edad de la víctima. La fuga como auto-regalo de cumpleaños. Y tras la fuga el inmediato suicidio de su raptor quien, tan indudable como retorcidamente, la amaba. Has escrito muchas páginas estos días sobre ello, sobre ese amor más allá de la razón. Tu tesis en todo momento ha sido que se puede defender, o al menos intentar comprender, al monstruo, a la bestia que se enamora desde su salvajismo incontrolado de la inocencia y la belleza. Y realmente crees que ese hombre amaba de verdad a la niña que había raptado.



Como también ama de verdad a su madre la mujer más joven que pegada a la pared, su rostro blanco como una mancha, escucha las palabras que salen de la boca vieja pero aún enérgica sin atreverse a ponerles freno, para no hacerle daño a aquélla que le dio la vida; y mucho menos osa intervenir el marido de la hija, otra mancha blanca pegada a la pared amarillenta.

—Las Osorio van de señoritas, pero ahora se les ha muerto el hermano. Les está bien empleado.

Tu coraza del Tigre es tan sólida, está tan bien construida, que te cuesta asimilar lo que acabas de escuchar, la sentencia que castiga el delito de «ir de señorita» con la muerte de un hermano, un hermano en la plenitud de su existencia, un hermano que deja huérfano a un niño de dos años, un hombre de tu misma edad, quien —y no porque esté muerto, porque hay miles de muertos sobre cuya tumba escupirías sin inmutarte— jamás había ofendido a nadie. Y tú lo sabes porque conocías muy bien a Luis Osorio, desde que ambos erais niños, y vivíais puerta con puerta y jugabais juntos a los submarinos, los vaqueros o a las aventuras de Daniel Boone. De hecho nunca le perdiste la pista, preguntabas a su madre y a sus hermanas por él —cómo le iba, qué hacía— cada vez que se presentaba la ocasión. El afecto infantil sobreviviendo a la distancia que impone metamorfearse en adulto. Y lloraste, ¿recuerdas, Arturo Briz?, ¿recuerdas, Tigre Manjatan? Por supuesto que recuerdas, ¿cómo olvidarlo? Lloraste como un niño o un viejo; te doblaste sobre ti mismo y tuviste que entrar en la que había sido tu casa y ahora era también tu oficina o despacho para huir de la frase que con tanta brutalidad —en

su simplona inocencia— lanzó sobre ti una de las tías de tu amigo cuando le preguntaste si la reunión familiar, evidente por el ruido que inundaba el rellano, era una fiesta para celebrar que Luis estaba mejor, había superado el cáncer de pulmón, y ella respondió, seca, tajante, «Luis ha muerto». Lloraste, duro cronista de sucesos; y su fantasma, el fantasma del amigo de tu niñez, de Luis Osorio, se te estuvo apareciendo tantas noches que tuviste que suplicarle que dejase de hacerlo pues iba a volverte loco si no se iba, y él te respondió, con su voz de fantasma, que eras tú quien lo llamaba, tú quien debía de dejar de convocarlo. Así que dejaste de convocarlo y por fin Luis, su fantasma, dejó de materializarse ante tus ojos, de hacer llorar con el peso de su recuerdo el parquet quejumbroso que cubre el pasillo de tu casa y oficina.

Hasta hoy. Cuando adviertes —la coraza aún protegiéndote, pero no hasta el punto de poder mantener la sonrisa diplomática maquillándote la cara— que esa frase no es lícita, que nadie puede pronunciarla. Ni siquiera una anciana ignorante y amargada. Pero, para tu sorpresa, no eres tú quien replica primero, sino la niña; la niña que ya no es una niña sino una señora con fama de poder competir en dureza con un bloque de granito. Pero niña para ti que la conociste cuando apenas sabía hablar, niña para su madre despiadada, niña para defender el recuerdo de alguien a quien probablemente ella también apreció y quiso.

—No, mamá, eso no. Luis era un buen chico.

Y el tiempo se detiene. Se para. Congela. Hay un instante de reflexión. Brevísimo; pues la madre, asimilando que por fin ha encontrado el dardo que buscaba, el

arma lo bastante afilada para atravesar la dura y elegante piel rayada del «señorito» que tiene enfrente (porque, para ella, tú también «vas de señorito») repite la frase, ratifica la sentencia, hunde la daga verbal una y otra vez hasta el fondo de tu corazón. Vencedora. Satisfecha. Y la coraza de Tigre que te protegía se deshace, pero, al mismo tiempo que la máscara se deshace, tu cerebro comienza a imaginar, a intuir, a ver la verdadera historia, pues comprendes que no estás manteniendo una conversación con un ser humano, que aquella mujer —y las pruebas son apabullantes— es, y ha sido siempre, una cucaracha. Las cucarachas no inspiran a los seres humanos odio ni temor, siquiera desprecio; apenas un asco difuso, el violentarse a sí mismos cuando tienen que alzar un pie y dejarlo caer sobre el cuerpo blanco por dentro y negro por fuera para aplastarlo; la náusea del inevitable chasquido.

Dejas de ser el cortés vecino Arturo Briz para convertirte en un Tigre despiadado y fabulador. Y ya no es para ti la vieja una persona. Es otra cosa. Un monstruo. Un monstruo que mueve ante tus ojos su boca negra de insecto, mientras agita suciamente las patas negras y fuertes en el aire. Y en segundos lo sabes todo, lo conoces todo, la verdadera y maléfica historia que comenzó —podrías estar sentado ante la pantalla de un cine o las páginas abiertas de un cómic o una novela— una noche cuarenta o cincuenta años atrás, cuando una cucaracha entraba y salía feliz de los infinitos despachos de un enorme, lúgubre, desvencijado ministerio.

LA CUCARACHA ES LA MÁS RÁPIDA DE TODAS —Y HAY millares y millares— de las que viven ocultas durante el día en los sótanos de edificio público a la espera de que la piedad de la noche permita salir a los monstruos, a los seres grotescos a quienes nadie estima ni quiere, y poder alimentarse de las sobras de comida, restos de galleta, trozos de chocolate, almibaradas manchas de zumo, que los descuidados funcionarios que ocupan las estancias durante la jornada han dejado como huella de su paso por las mismas. Es la más rápida y la más lista, y por eso logra siempre los bocados más exquisitos: pieles podridas de manzana, migas de pan enmohecido, un grano de azúcar teñido de negro tras desprenderse de la suela gastada de un zapato. Come y come. Rápido, antes de que vengan las otras, sus congéneres, pero también antes de que lleguen las mujeres de bata azul que podrían aplastarla con sus escobas, esas escobas egoístas que roban el alimento a los pobres bichos hambrientos e ingenuos. Pero es temprano, y hay un trozo inusualmente grande de cacahuete en la esquina de un despacho; algo húmedo —quizá se le hubiese caído de la boca al funcionario que se permitía semejantes lujurias y lujos— pero aún así exquisito. Y está la cucaracha tan concentrada en el inesperado festín que no advierte la presencia del hombre uniformado que avanza hacia ella con sus zapatones negros, de punta redondeada y tacones varias veces reparados o remplazados. No advierte esa presencia hasta que ya es demasiado tarde,

hasta que el zapato ya roza su caparazón y la muerte —a pesar de su velocidad natural— es inminente e inevitable. Enloquece. Enloquece de terror la negra cucaracha negra. Por eso no comprende. No comprende lo que sucede, que la suela no apisone su cuerpo, que el hombre la coja —delicadamente— con dos dedos y se lleve su cuerpo —de cuya repulsividad la cucaracha es, por supuesto, inocente— a la altura de su rostro, al nivel exacto de sus labios. Y lo bese. Lo bese con la misma ternura y suavidad que se besaría a una niña o un niño.

Y entonces la cucaracha se desmaya. Pierde el sentido. Para siempre pierde el sentido.